MINISTERIO DE SALUBRIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL

INSTITUTO FINLAY

CARLOS J. FINLAY

Oraciones pronunciadas en el trigésimo aniversario de su muerte

HABANA

1945

MINISTERIO DE SALUBRIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL
INSTITUTO FINLAY

CARLOS J. FINLAY

Oraciones pronunciadas en el trigésimo aniversario de su muerte

HABANA
1945

DR. OCTAVIO RIVERO PARTAGAS

Señoras y señores:

Cúmplense hoy treinta años de aquel día aciago en que el sabio cubano, doctor Carlos Finlay, cerró sus ojos para siempre. Con su desaparición, la Patria perdió a uno de sus hijos más esclarecidos, cuyos trabajos han paseado el nombre de Cuba por todo el orbe; la Medicina, a uno de sus médicos más insignes y la sanidad cubana, a uno de sus constructores más denodados, el más ilustre, al que echó las bases de una obra sanitaria, teniendo en cuenta los modernos adelantos de la ciencia, adaptada a nuestras necesidades de toda clase.

Nos reunimos, pues, en esta mañana, para rendir tributo a aquel hombre modesto, cuya actuación ejemplar debe ser estímulo, norma y guía de todos los sanitarios cubanos del presente y del futuro. Carlos Finlay representa, en forma singular, al hombre de ciencia esforzado y generoso, que batalla incansablemente durante diez y nueve años, por demostrar al mundo que su tesis sobre el agente trasmisor de la fiebre amarilla es la cierta. El lo sabía. Lo había demostrado fehacientemente. Pero tenía que luchar contra la incredulidad, en la misma medida que algunos siglos antes lo habían hecho Galileo, Cristóbal Colón, y que casi por la misma época, lo hacía en Francia Pasteur. Pero en tanto Galileo, Colón y Pasteur han logrado la admiración universal, todavía la gloria de Carlos Finlay es objeto de controversias y no faltan quienes crean que los verdaderos poseedores del mérito de haber librado al mundo de la fiebre amarilla, se deba a quienes no tuvieron otra participación en el proceso experimental, que el de poder recomprobar lo que desde muchos años antes, había demostrado el sabio cubano.

Carlos Finlay representa entre nosotros, el tipo nato y definido del hombre de ciencias. Desde 1855, en que se gradúa de médico, hasta 1909, en que se le concedió el retiro, no hizo otra cosa que laborar intensamente, con la sana y augusta pasión de un verdadero hombre de ciencias. En 1867, fué uno de los pocos médicos habaneros que hizo frente a la

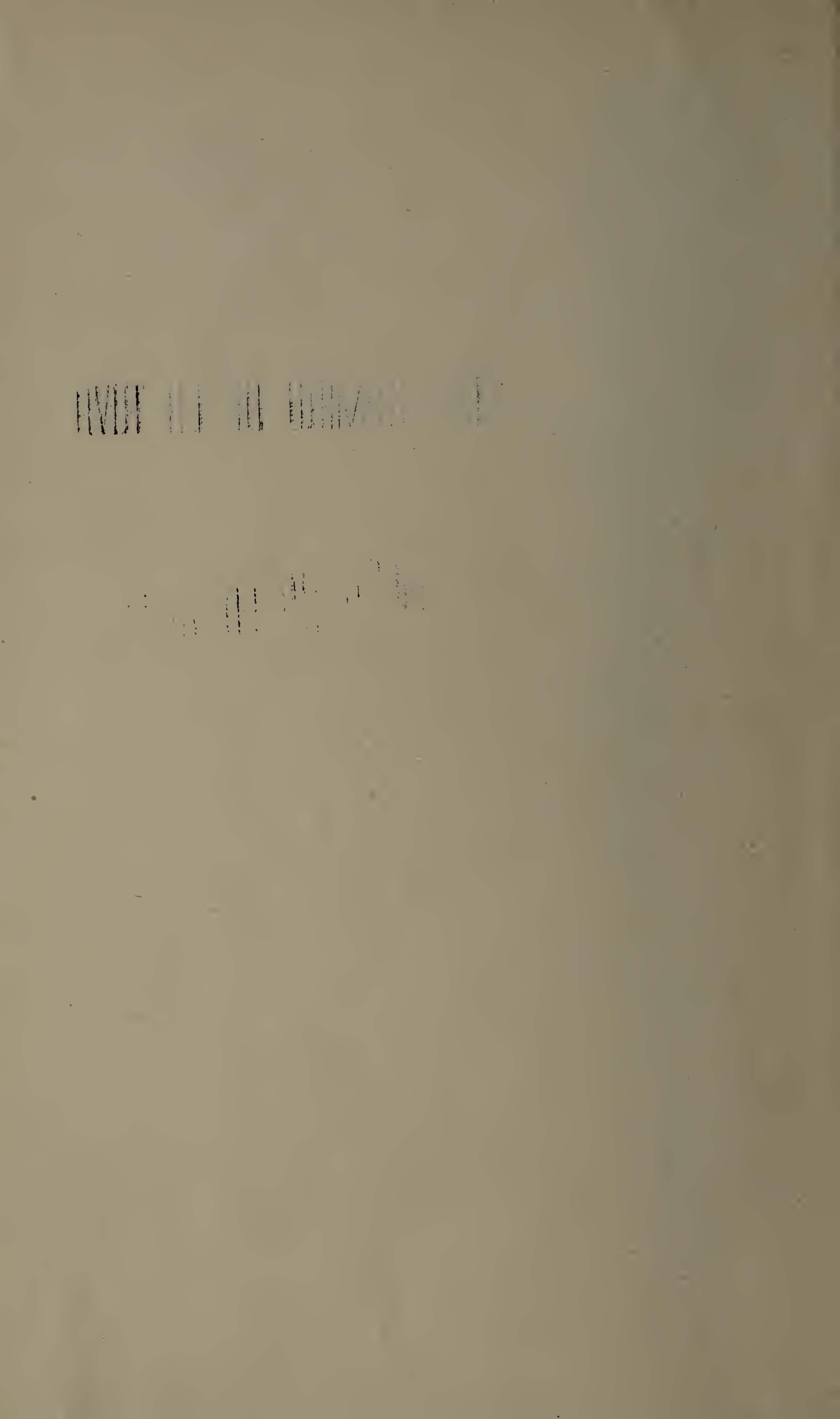
epidemia de cólera que por aquellos años azotara a esta Capital. Allí se templó su espíritu para librar, con decisión y entusiasmo, la gran batalla por organizar la sanidad cubana sobre bases más modernas, eliminando las enfermedades que al transformarse en epidémicas, por falta adecuada de métodos preventivos, llegaron a asolar a nuestra población hasta los primeros años de este siglo. Desde 1872, en que envió a la Academia de Ciencias su trabajo resumiendo las investigaciones practicadas por él, durante los trece años anteriores, señalando las variaciones en las distintas circunstancias de temperatura, tiempo y hora del día, por medio de la cual comprobaba que ciertas variaciones coincidían con los meses de mayor o menor frecuencia de la fiebre amarilla, hasta 1899, en que su teoría fué plenamente comprobada por los integrantes de la Comisión Americana de Fiebre Amarilla, batalló incesantemente por demostrar que estaba en lo cierto. No se sintió desalentado cuando supo que el médico italiano Sanarelli afirmaba haber comprobado que el agente trasmisor de la fiebre amarilla era un microbio. Tampoco cuando los ignorantes o descreídos le llamaron el Doctor Mosquito. Mucho menos, cuando la Primera Comisión Americana para el estudio de la Fiebre Amarilla, no aceptara sus conclusiones. Con la fe apasionante del hombre de ciencia, continuó sus trabajos y confió en que algún día tendrían plena y cabal confirmación sus conclusiones. Fué así, como se hizo posible con la Primera Intervención Americana, trastocara todo el sistema sanitario de la Colonia y en menos de un año, dejara organizada una sanidad cubana sobre bases eminentemente científicas. Los que aquí hoy nos reunimos, somos, pues, los herederos de sus esfuerzos, que, colocados en el trance de tener que realizar una obra sanitaria, nos esforzamos con el mismo desinterés que a él le animara, por llevar a cabo una obra de envergadura, como las circunstancias lo están demandando. Porque mucho de lo andado por Finlay fué desandado después. Y hay que, sobre la marcha misma, pensar en seguir adelante, librando una batalla más por el prestigio de nuestra sanidad y por la efectividad de lo que es preciso realizar y que realizaremos.

La obra de un sanitario no puede ser juzgada mientras se realiza. Los intereses adversos, ya políticos o personales, se encargan de impedir se comprenda a un sanitario, en tanto realiza los esfuerzos necesarios para echar hacia adelante la obra imprescindible. Con tales obstáculos tropezó Finlay. Con los mismos, años antes se había enfrentado Pasteur

A ninguno de ellos les interesó el halago. Realizaron su obra, olvidándose de lo adjetivo. Parecía que el pensamiento cardinal de José Martí, cuando afirmaba que la gloria y el triunfo, no son otra cosa que un estímulo para el cumplimiento del deber, había sido comprendido y asimilado plenamente. De ahí que hoy, no nos sintamos desalentados al evocar en este trigésimo aniversario de la muerte de Carlos Finlay, su obra, como hombre de ciencias, como sanitario, como ciudadano, estamos diciendo a todos vosotros, funcionarios y empleados del Ministerio de Salubridad, que la obra está en marcha y que el recuerdo de aquel grande de la Patria, de la ciencia y de la sanidad cubana, nos estimula a cumplir con nuestro deber, para lograr que la sanidad nacional recobre sus antiguos prestigios y la República nos reconozca haber contribuído a hacer bueno, en la práctica, el apotegma latino que proclama, que la salud del pueblo es la suprema Ley.

Con la emoción sincera de un cubano amante de su patria, de un funcionario responsable que tiene sobre sus hombros la ingente y delicada tarea de dirigir la sanidad cubana, vengo aquí, no a jurar, sino a empeñar mi palabra de honor, de que haré cuanto esté a mi alcance por lograr esos propósitos, convencido como estoy, de que al hacerlo, no sólo estoy cumpliendo con mi deber, sino que también estoy interpretando los deseos del honorable señor Presidente de la República.

DR. RAMIRO DE LA RIVA



Hablar del doctor Carlos J. Finlay y de Barrés, es hablar de una figura que ya está entre los inmortales de la humanidad.

Su recia personalidad científica, se agiganta al decursar el tiempo.

Nació en el legendario Camagüey, el 3 de diciembre de 1833, y murió en la ciudad de La Habana el 20 de agosto de 1915; fecha luctuosa para la ciencia médica del mundo.

30 años de su muerte han transcurrido, y su gran descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla, ha influído poderosamente en el triunfo de las Naciones Aliadas

Primero: porque ha sido posible la lucha en las selvas y pantanos de las islas del Pacífico, por el conocimiento aportado a la ciencia por el doctor Finlay.

Segundo: por haber vencido, el doctor Carlos Finlay la insuperable dificultad que en la construcción del Canal de Panamá se presentaba, por los millares de obreros que morían de fiebre amarilla, causa que hizo abandonar anteriormente a otras naciones la construcción de dicha vía marítima

Tuvo la mente preclara del doctor Finlay que descubrir el agente transmisor de la fiebre amarilla para poder llevar a fin la construcción del Canal de Panamá, significando ello, la supresión del interminable viaje por el estrecho de Magallanes para el paso del Atlántico al Pacífico.

El gran navegante unió dos continentes, el gran científico cubano facilitó la unión de dos océanos.

Honrar a Finlay es esforzarse en continuar su obra sanitaria, de mejoramiento colectivo.

El honorable señor presidente de la República, doctor Ramón Grau San Martín, el señor ministro de Salubridad y Asistencia Social, doctor Octavio Rivero Partagás y todos los que tenemos el honor de colaborar con este Gobierno, desde el

más ilustre hasta el más modesto empleado de este Ministerio, al superarse y esforzarse en el cumplimiento de su deber, están honrando a Finlay.

El Ministerio de Salubridad y Asistencia Social, en estos momentos, está siguiendo un ritmo creciente y acelerado en la superación de su función y así vemos los resultados prácticos de dependencias del mismo, como el Instituto Finlay, el Instituto Nacional de Higiene, el Consejo Nacional de Tuberculosis, el Patronato para la Profilaxis de la Lepra, Enfermedades Cutáneas y Sífilis; el Negociado de Limpieza de Calles, y no cito más, para no cansarlos, que se están produciendo de una manera vigorosa y pujante en pro de la salud pública.

Las 125 jefaturas locales de Salubridad, en el interior, están siendo equipadas rápidamente, con todo lo necesario, para que puedan cumplir con la misión para la que fueron creadas, esta es, llevar a todos los lugares de la Isla, la salubridad.

Los hospitales de la República están recibiendo atención muy especial para colocarlos a todos y cada uno de ellos en condiciones de ser verdaderos centros científicos, equipados con todo lo necesario para poder rendir su verdadera función social de atención al enfermo necesitado.

La primera dama, señora Paulina Alsina, viuda de Grau, ha contribuído, y está contribuyendo, de una manera decidida, al mejoramiento económico de todos los asilos, creches y establecimientos benéficos similares, de toda la República, donde tantas lágrimas se mitigan.

Somos optimistas.

El optimismo lo dá el esfuerzo en el trabajo.

No descansemos, trabajemos, hasta el próximo amanecer del mundo.

Doctor Finlay, estos esfuerzos nuestros son el homenaje que te ofrecemos en el día de hoy.

Muchas gracias.

La Habana, agosto 20 de 1945.

DR. ARTURO CURBELO HERNANDEZ

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CEMENTERIO
DE COLON, ANTE LA TUMBA DEL DR. CARLOS
J. FINLAY, EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1945.

Sr. Subsecretario de Salubridad y Asistencia Social.
Sres. Familiares del doctor Carlos J. Finlay.
Sres. Funcionarios del Ministerio de Salubridad y As. Social

Señoras y señores:

Cumpliendo un sagrado deber como funcionarios y como ciudadanos de la República, concurrimos hoy a este sencillo acto con el objeto de rendir homenaje, una vez más, al recuerdo del hombre que sintetiza, en sí, la grandeza científica en nuestra Patria: el doctor Carlos J. Finlay.

El hecho que conmemoramos esta cálida mañana de agosto al depositar sobre la tumba del maestro la ofrenda floral que materializa nuestros más exquisitos y puros sentimientos, tiene a nuestro juicio, en Cuba una significación extraordinaria. Es el reconocimiento del más sólido baluarte sobre el cual puede asentarse nuestra jerarquía de pueblo libre y sobre el único que podemos esperar el respeto y la admiración de las naciones civilizadas de la tierra. Es en una palabra, el estímulo a nuestras virtudes, proyectado hacia el trabajo fecundo de la investigación científica y en este caso particular del campo de la medicina.

Es evidente que la obra del doctor Carlos J. Finlay puede compararse con la de nuestros libertadores; pues si la labor de éstos colocó a nuestra Patria con colores distintos en el mapa político, él señaló la ruta que sobre sólidas bases podría conquistar el futuro, en función directa hacia su engrandecimiento y una vida mejor.

Son estas las razones fundamentales por las cuales debemos venir aquí cada año a mantener viva con nuestra devoción la llama cuyo brillante resplandor debe llevar su luz a un continente que fué físicamente descubierto por Cristóbal Colón pero que él logró hacer habitable. Como consecuencia de su enorme labor, pertenecemos hoy a una generación que no conoce los estragos de la fiebre amarilla sino por referencias de algunos de nuestros mayores. Estas descripciones son seguramente pálido reflejo de la realidad im-

perante en nuestra época colonial. Hallábase comprometido indudablemente en forma grave todo el futuro social, político y económico de esta, nuestra bella América Intertropical. Es en medio de este caos, con todas las dificultades que pueden presentarse a un investigador, de las cuales muchas experimentamos y sufrimos aun hoy, que Finlay con una visión genial sólo comparable en grado jerárquico con Pasteur y Koch, aunando las virtudes más sobresalientes de ambos inmortales, ofrece al mundo el fruto maravilloso de cuatro lustros de intensa y continuada labor de observación, investigación y experimentación con la que llegó a la conclusión de que «para que la fiebre amarilla se propague, se hace necesario; primero: la existencia de un enfermo de fiebre en cuyos capilares el mosquito pueda clavar sus lancetas e impregnarlas de partículas virulentas en el período adecuado de la enfermedad; segundo: la prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha al enfermo y la que debe reproducir la enfermedad, y tercero, la coincidencia de que sea un sujeto apto para recibir la enfermedad, alguno de los que el mismo mosquito vaya a picar después». Facilmente se comprende que estas ideas esbozadas por Finlay en una Sesión de la Conferencia Sanitaria Internacional celebrada en Washington el 18 de febrero de 1881 y más ampliamente expuestas en memorable e histórica sesión de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana en 14 de agosto del mismo año, eran demasiado revolucionarias para ser comprendidas y aceptadas por la mentalidad de la época. A nadie podía ocurrírsele que la enfermedad pudiera trasmitirse de hombre a hombre por medio de un agente intermediario y mucho menos llegar a la precisión experimental de que el único trasmisor era el Stegonya fasciata. Es muy fácil concebir hoy, para quien tenga aunque sea solamente alguna idea de la ciencia experimental, que los trabajos de Finlay tenían una precisión científica y una seguridad igual que los de Roberto Koch cuando en 24 de marzo de 1882 descubría el agente causal de la tuberculosis. Sin embargo, la trascendencia del descubrimiento de nuestro compatriota era quizás mayor aún que la de aquel célebre realizado por Koch; pues no descubría con eso Finlay un hecho aislado para resolver un problema parcial sino que señalaba un principio general de doctrina cuyas aplicaciones han sido múltiples y sus beneficios a la Humanidad, extraordinarios. Nacía aquí la llamada hoy Medicina Tropical.

En esa época, la obra de Finlay no sólo fué desconocida sino hasta motivo de escarnio por sus contemporáneos; de

modo exactamente igual que lo fué la de otro investigador genial, Sir Patrich Manson, en sus trabajos sobre la trasmisión de la Filariosis realizado poco después. Tal parece que todo redentor como nos señala la Sagrada Historia tiene que llevar forzosamente su corona de espinas ya que aun nuestra última generación, testigo excepcional de la confirmación de los trabajos y desvelos del maestro, no supo comprender cabalmente el hecho milagroso a los ojos profanos que ante su vista se desarrollaba y es indudablemente porque la obra de Finlay, enorme y magnífica cual las montañas, necesita de la gran perspectiva de la distancia expresada en tiempo para poderlas conocer, comprender y admirar. Así, tiene que decursar más de medio siglo de aquella memorable noche del año 1881 para que se rasgue el tupido velo de la injusticia histórica y resplandezca el dorado sol de la verdad sobre el bello azul del cielo de este Trópico a que él tanto contribuyó a liberar. Podremos los americanos de hoy, en monumentos majestuosos, enjugar parcialmente —ya que jamás pagar— la deuda contraída con el maestro.

Lo difícil y arduo de la labor de Finlay se comprende bien hoy con el gran progreso de la técnica. Los errores cometidos por todos aquellos que osaron tratar de penetrar el misterio que implicaba el estudio de la trasmisión de la fiebre amarilla son clásicos. Y pensar que muchos de ellos tuvieron todas las facilidades para realizar sus trabajos en contraposición a Finlay que tuvo que hacer frente a todas las dificultades. Efectivamente, aún en los Estados Unidos donde el progreso humano ha sido siempre motivo de preocupación, en lugar de experimentarse con los conceptos que dimanaban de los trabajos de Finlay, se buscaba afanosamente un agente causal con resultados infructuosos. Es muy probable que sin el aporte de Finlay todavía hoy estaríamos sufriendo el terrible azote. Si los norteamericanos hubieran seguido desde el principio las pautas señaladas por Finlay, habrían salvado muchos miles de vida y millones de pesos perdidos inútilmente en las regiones sureñas de su propio territorio. Ninguna de las medidas puestas en práctica lograban la erradicación del mal. Es en este mar de confusiones que aparecen trabajos dispersos sobre la Etiología de la Fiebre Amarilla, algunos que hasta son universalmente aceptados y consignados así en importantes obras de texto que es necesario ir rectificando. Ejemplos son de tales errores clásicos, el Bacilo icteroides de Sanarelli y la Leptospira icteroides de Noguchi, para no citar más que los principales.

Cuando las armas del Ejército Libertador de Cuba triunfan y establecen la libertad política de nuestra Patria, terminando también la Guerra Hispanoamericana, se hace cargo del saneamiento de La Habana el General Gorgas que confiesa la ineficacia de los procedimientos puestos en práctica para eliminar la fiebre amarilla. Ya estaba trabajando en ese problema la Comisión Sanitaria del Ejército Norteamericano de ocupación (Reed, Carrol, Agramonte y Lazear) habiendo llevado a cabo numerosos experimentos y llegando sólo a probar que el Bacilo Icteroides de Sanarelli no era el agente causal de la enfermedad; importante trabajo científico, pero que no resolvía el problema epidemiólogico.

Es en estas condiciones, en pleno fracaso, que decide Walter Reed consultar al doctor Finlay, y es Finlay quien prácticamente señala la pauta y dirige los trabajos de confirmación de los suyos propios.

Realizada esta labor con material más abundante y con apoyo oficial, llega la Comisión Americana a la comprobación que no deja dudas, de esas conclusiones que Finlay solo y sin apoyo hacía 20 años venía proclamando» «Que la fiebre amarilla sólo se trasmite de persona a persona por la picada del mosquito Stegonya hembra . . . »

El halagador éxito de la aplicación de nuevos sistemas de saneamiento sobre las bases de estas teorías es perfectamente conocido hoy y palpamos sus enormes beneficios. Pero la tesis de Finlay, así tan sencillamente expresada tiene todavía una grandeza mayor; encierra, el establecimiento de un principio biológico que puede considerarse la más grande revolución acaecida en la ciencia epidemiológica después de la confirmación de la teoría microbiológica de la infección; en el orden práctico, la salvación de millones de vidas; en el orden humano, la eliminación de enorme cantidad de sufrimiento y dolor; en el orden económico, es la piqueta sin la cual el capital, la tenacidad y el admirable espíritu de empresa norteamericanos, jamás hubieran podido acometer esa asombrosa obra que es el Canal de Panamá y en el orden continental, americanista, el renacimiento vigoroso y brillante del gran esplendor del trópico americano, la más bella región de la tierra, hasta ese momento vedada por el azote del vómito negro.

Pero feliz el hombre que vive para ver confirmados sus trabajos e ideales. Así Finlay pudo comprobar el resultado

de su bella obra y morir tranquilo hace treinta años un día como hoy.

Las dudas que pudieron establecerse alguna vez son explicables fácilmente para los que conocen más íntimamente el desarrollo de este proceso histórico como me aseguraba mi querido maestro el profesor Arístides Agramonte, ilustre cubano, miembro de la histórica Comisión: sus trabajos en idioma español, la ignorancia de la época, otros trabajos con sentido tan diverso y otros intereses la explican. El mismo Reed aceptaba que había tomado inicialmente a la ligera esos trabajos para decir después «Al doctor Carlos J. Finlay, de La Habana, debe darse crédito total por la teoría de que la fiebre amarilla la propaga un mosquito, teoría que expuso . . . »

La lección que dimana de la historia de este sensacional descubrimiento llega plenamente hasta nosotros que consideramos que de nada vale el concepto histórico si no va acompañado de un firme propósito y de una clara decisión.

Entendemos que hasta ahora, como en muchos otros aspectos de la vida científica cubana, la alta investigación, lejos de recibir la protección tutelar del Estado, ha navegado huérfana de toda ayuda oficial. Que la simiente que depositó Finlay no se ha perdido lo demuestran esos jóvenes investigadores, compatriotas nuestros, que con su solo esfuerzo y tenaz perseverancia, conquistan lauros y elevan el prestigio patrio. Pero ya se hace hora que esa acción tutelar estatal se deje sentir ofreciendo calor, ayuda y estímulo para los que quieran trillar el difícil camino de la investigación. Y así la protección lograda, el Instituto Finlay, debe ser el natural centro de gravitación de la alta investigación biológica y sanitaria de la República.

No puede ser otro ni mejor homenaje el que aquí rendimos que el propósito firme de continuar en la senda que él dejó trazada. Así reconociéndolo, tanto el honorable señor presidente de la República, doctor Ramón Grau San Martín, médico ilustre y profesor eminente de nuestra Escuela de Medicina, como el señor ministro de Salubridad, mi fraternal compañero, el doctor Octavio Rivero Partagás, nos han urgido de modo categórico y expreso, en no escatimar labor ni empresa en este magno empeño del renacimiento sanitario del país. Plasmaremos en hechos la sincera esperanza del propósito y esperamos volver, con el auxilio de Dios, a ofrecer el fruto de la labor rendida como ofrenda y contribución al engrandecimiento de nuestra Patria.

EDITORA NACIONAL, S. A.
LLINAS Y BELASCOAIN
LA HABANA